



Chechenia, el termómetro de Rusia

José M. Vegas*

RUSIA es oficialmente un país en guerra civil. Si se considera Chechenia parte integrante de su territorio y, en consecuencia, a los chechenos, ciudadanos rusos, es difícil catalogar de otra manera lo que está sucediendo en el Cáucaso Norte. Oficialmente, es sólo una operación antiterrorista, el legítimo derecho del Estado y la sociedad a defenderse de ataques terroristas, que atentan contra la integridad territorial, la ley y la vida de las personas de Rusia.

Todo lo dicho es discutible: expresa interpretaciones distintas de unos mismos hechos. Pero tiene algo en común: entra todo ello en categorías que un occidental, como el que suscribe, entiende perfectamente. Sabe, en consecuencia, con qué estar de acuerdo o en qué discrepar. Pero estas categorías aquí no cuadran bien. Por ello, vivir los acontecimientos de Chechenia en

* Profesor de Filosofía en el Seminario de San Petersburgo. Rusia.

Rusia, en cierto modo desde dentro, es para un occidental motivo de perplejidad. ¿Cómo sienten los rusos esta guerra, o esta operación antiterrorista?

Un aviso de visita

HACE varias semanas se percibía en el Seminario Católico una especial agitación. Se había sabido que al día siguiente vendría a visitarnos la policía en busca de muchachos en edad militar. Finalmente, la visita no se realizó. La ley nos amparaba y se pudo detener la inspección. Fue, en todo caso, el primer signo perceptible en nuestro Centro de que en Rusia se vivía una guerra desde hacía ya más de un mes. La guerra de Chechenia es una guerra lejana. Y esta percepción no es exclusiva de la Iglesia católica, a la que se podría acusar de estar relativamente desconectada de la realidad del país. Aunque algo de esto hay, el sentimiento de lejanía es común a la población rusa. La guerra de Chechenia no está en el centro de las preocupaciones de los rusos. Aunque la mayoría de ellos están acuciados por otras urgencias, un hecho tan grave como una guerra en toda regla dentro del propio territorio, con un número muy elevado de víctimas entre la población civil, con cientos de miles de desplazados, con no pocas bajas entre las propias tropas (en su mayoría, muchachos de reemplazo), suscitara en cualquier país occidental una reacción apasionada, a favor o en contra, sería objeto de conversación en todos los círculos, movilizaría muy posiblemente manifestaciones de apoyo o de repulsa. Nada de esto sucede en Rusia. He aquí el primer motivo de perplejidad para un occidental.

Chechenia aparece en las conversaciones casi menos que la intervención de la OTAN en Kosovo. Aunque tampoco este acontecimiento suscitó excesiva pasión. Con el comienzo de la operación de la OTAN se concentraron ante la embajada norteamericana menos manifestantes contra aquella que la cola de los rusos para solicitar un visado. Confieso que mi perplejidad ante esta guerra es continuación de la que sentía ante la situación de Chechenia después de la primera guerra, que concluyó pocos meses antes de mi llegada al país. ¿Cómo terminó aquella guerra? ¿Qué es lo que firmó el general Lebed? ¿Cuál era el estatuto de Chechenia tras el armisticio: la independencia, una amplia autonomía? Las respuestas a mis preguntas eran de una enorme vaguedad. Tal vez, para entender un poco mejor esta extraña situación, sea necesario dar un vistazo a la historia. A su luz puede entenderse que el conflicto de Chechenia es un extraño pero fidedigno termómetro de la

situación rusa. Y no sólo de la situación social, política, económica, sino del estado de su espíritu, de eso que se ha dado en llamar «el alma rusa» (1).

El transfondo histórico

LOS conflictos en la zona caucásica tienen una larga historia. Se relacionan con los seculares conflictos con el Imperio turco, con la voluntad rusa de defender a los ortodoxos georgianos y de controlar la estratégica zona caucásica. Estos territorios (Georgia y Dagestan) fueron finalmente incorporados al imperio ruso con Alejandro I en 1813. Pero desde entonces se convirtieron en permanentes focos de tensión, por las ansias independentistas de los habitantes musulmanes de la zona, cuya religión, lengua y cultura, no obstante, fueron en general respetados.

Después de la revolución, y durante la guerra civil, los chechenos apoyaron a los bolcheviques, no por amor del comunismo, sino por su odio hacia sus tradicionales enemigos cosacos, alineados con los blancos. Tras la guerra civil, los cosacos fueron deportados masivamente a Siberia y los chechenos ocuparon territorios cosacos a la derecha del río Terek, y, desde 1929, Grozni, ciudad hasta entonces de mayoría rusa vinculada al territorio del norte del Cáucaso. El escaso nivel de compromiso de los indómitos chechenos con los bolcheviques se reflejó en sucesivas rebeliones y culminaron en 1942 con la invasión nazi, en que se alinearon con los alemanes en busca de apoyo para su ansiada independencia. Tras la guerra, fueron los chechenos los deportados en masa, si bien, con la desestalinización de Krushev pudieron regresar y ocupar mayoritariamente la orilla izquierda del Terek, mientras los rusos ocupaban la derecha.

En 1989 la república de Chechenia estaba habitada por 700.000 chechenos y 500.000 rusos. Y en 1991 con el colapso de la Unión Soviética y los numerosos movimientos secesionistas que le sucedieron, también los chechenos quisieron aprovechar la oportunidad. La proclamación de independencia no tuvo respuesta de Moscú, que no la reconoció, pero tampoco tomó medidas drásticas para las que posiblemente no estaba preparada. Simplemente ignoró esta independencia de hecho proclamada por Dudaiev. Ello produjo cuantiosas pérdidas económicas a Rusia, que dejó de controlar el petróleo que desde territorio ruso llegaba a la refinería de Grozni, mien-

(1) Se puede consultar lo que dice A. Solzhenitsin en *El problema ruso*, Tusquets, Barcelona, 1993, 54 y sigs., y en *El colapso de Rusia*, Espasa, Madrid, 1999, 119 y sigs.

tras que la inercia burocrática seguía enviando las tradicionales subvenciones económicas a la región.

Finalmente, en 1994, Rusia interviene militarmente en la zona, con enormes pérdidas militares, económicas y humanas. Pero el curso de la guerra no fue muy distinto del actual, salvo, claro está, en la impopularidad, que hizo que Yeltsin echara mano de Lebed, para firmar un alto el fuego, cuyos términos nunca han sido claros. Los chechenos lo interpretaron como una capitulación y el comienzo de la independencia política; los rusos, como un acuerdo de retirada de sus tropas a cambio del desarme de los grupos guerrilleros y la concesión de una amplia autonomía política. Y así ha estado hibernado el problema durante cinco años, en los que, según parece, la población rusa ha estado sometida a un constante hostigamiento por parte de la mayoría chechena. Así, hasta que en agosto de 1999 comenzaron las escaramuzas armadas de guerrilleros chechenos controlados por el líder Bassaev, en la vecina Daguestan, de las que, por cierto, el presidente de Chechenia, así como la cúpula musulmana de la Federación Rusa se desmarcaron inmediatamente. Después la historia es conocida: los horribles atentados contra la población civil en Moscú y Volgodonsk y la invasión militar del territorio checheno, todavía en curso.

En toda esta historia quedan en el aire interrogantes difíciles de responder. ¿De dónde obtienen los guerrilleros chechenos las ingentes cantidades de armas de que disponen, en su mayoría de fabricación rusa? ¿Hay alguna implicación (en forma de apoyo logístico, económico, etc.) de la internacional islamista en el origen de este conflicto? ¿Quién estaba tras los atentados de Moscú y Volgodonsk, nunca revindicados, pero que han servido para sensibilizar a la opinión pública rusa en favor de la operación antiterrorista? Toda Rusia está llena de pasquines con las fotos y los datos de los presuntos autores. ¿Significa que éstos han sido individualizados con precisión? Parece que, según nuestros parámetros, estos individuos y las organizaciones que les apoyan deberían ser objeto de una persecución policial, que difícilmente se compatibiliza con una operación militar de la envergadura actual. Son interrogantes para los que no tengo respuesta. Pero pueden servir para descubrir en la actual tragedia de Chechenia el termómetro de la Rusia actual, de lo que queda de la antigua Unión Soviética, y de lo nuevo en el largo camino hacia la democracia, de las complejas relaciones entre un inmenso aparato estatal y una casi inerte sociedad civil.

Lo nuevo y lo viejo

SI se hace caso a los corresponsales occidentales, el apoyo de la población a la operación antiterrorista es masiva y sin fisuras. El Primer Ministro ruso Putin asciende en las encuestas de popularidad y, por una vez casi todos los partidos le prestan su apoyo incondicional. Pero estas crónicas periodísticas distan de describir la verdadera realidad y difícilmente se siente identificado con ellas quien vive en medios rusos y no occidentales. Si se le pregunta a un ruso cuándo comenzó el conflicto con precisión (me acaba de suceder, mientras escribía estas líneas), hará un gesto de perplejidad y dirá que no se acuerda, o tendrá que pararse a pensar para poder responder. Decididamente, la guerra de Chechenia no les quita el sueño. Apenas es objeto de conversación.

Posiblemente, sólo las familias que tienen hijos combatiendo en Chechenia siguen la guerra con ansiedad. Las noticias televisivas hablan de la marcha imparable, aunque lenta, de las tropas rusas, que van liberando poco a poco el territorio de terroristas y restableciendo el orden constitucional, con lo que la gente de los territorios liberados vuelven a recibir sus pensiones. Hace dos días, un alto mando del ejército en la zona del conflicto decía que la población civil les recibe con los brazos abiertos y celebra su llegada. Y la mayoría asiente con escasa atención y no poca indiferencia. Esta reacción de apoyo sin entusiasmo tiene causas psicológicas, remotas y próximas. Empecemos por las próximas.

El semanario *Itogni* (Resultados), vinculado a *Newsweet*, decía en su número del 23 de noviembre lo siguiente: Por primera vez en muchos años la sociedad rusa ha cerrado filas. Le ha unido la alegría por las victorias del ejército ruso en Chechenia. Incluso los máximos oponentes del actual poder están de acuerdo en que en Chechenia, por fin, el gobierno actúa como debe. La sociedad rusa ha decidido enorgullecerse de su ejército. Y se entiende. La gente está harta de despotricar continuamente contra el gobierno, contra el estado, contra el ejército, contra el país entero. Por ello, se han aferrado con ansiedad a la primera oportunidad de enorgullecerse, de experimentar un sentir común con todo el país.

Al margen de la indignación contra los actos terroristas, Rusia tenía necesidad hace ya mucho tiempo de experimentar este sentir común. Al hablar con gentes de la *inteligentzia*, en absoluto comprometidos con el anterior sistema soviético, de la crisis, del incierto futuro, no es raro escuchar que actualmente falta una idea del país, un elemento que aglutine y unifique los esfuerzos de todos los rusos, que les marque una meta común, que descubra,

en suma, la clave de una identidad colectiva. En Chechenia han encontrado un pequeño lenitivo para esta enfermedad. Y con esto hemos tocado las causas remotas. Un rasgo muy central de la mentalidad rusa, de su entramado espiritual y de su modo de enfrentarse al mundo, es precisamente la identidad colectiva. Más como sentimiento que como idea. A diferencia de Occidente, en que la identidad individual ha ido dominando cada vez más la cultura y el modo de vida europeo, para bien (el sentido de la persona) y para mal (el individualismo), en Rusia el sentimiento de pertenencia común y, en consecuencia, la identidad colectiva, sigue siendo dominante. Esto tiene mucho que ver con la idea ortodoxa de la Sobornost, la conciliaridad, que es como la ortodoxia entiende y traduce la catolicidad.

Es este factor colectivo, más que las causas sociales (que hicieron, cierto es, de espoleta), el que explica que en Rusia triunfara el comunismo, que prolongó a su manera ese rasgo ruso. Y si el comunismo pretendía presentar lo colectivo como idea, y además científica, lo cierto es que su fuerte calado en el alma rusa se explica más como sentimiento que como idea. El colapso del comunismo, por su monumental ineficacia y por su carácter criminal, ha dejado a la sociedad rusa a la intemperie. La ortodoxia no puede simplemente recoger el testigo, por más que lo pretenda. Se explica que los rusos se agarren a lo primero que pillen para volver a sentir mancomunadamente.

La unanimidad (sin entusiasmo) que suscita la guerra de Chechenia es un índice de que Rusia, pese a su constitución democrática, está lejos de ser una sociedad abierta en sentido pleno. En una tal sociedad, con más de 150 millones de habitantes, inevitablemente habría opiniones encontradas, tomas de postura incompatibles, posiblemente algún nivel de movilización social, como manifestaciones. Y ese contraste de opiniones estaría canalizado por los partidos.

Nada de eso se percibe en Rusia. El divorcio entre partidos y sociedad civil es enorme. La sociedad civil está desestructurada y desmovilizada. Sigue esperando que le resuelvan los problemas desde arriba, desde un poder en el que no cree. Pretender que la Iglesia ortodoxa ejerza algún tipo de liderazgo social y juegue el papel de instancia crítica es pedir un imposible. La ortodoxia apoya incondicionalmente al poder y no ha dicho, que yo sepa, una sola palabra sobre la guerra y sobre los refugiados. Pero el sentimiento colectivo no sólo se aplica a propios, sino también a extraños. De ahí la secular desconfianza hacia occidente. Y de ahí el enorme simplismo con que se juzga a los chechenos y se les culpabiliza masivamente. En los tres años que vivo aquí he escuchado ya muchas veces a gentes de todo tipo que los chechenos son todos unos terroristas.

Es cierto que la tendencia al pillaje, al conflicto armado y a los secuestros deben ser inmemoriales entre las poblaciones del Cáucaso. Pero esa culpabilización masiva, que encierra en el mismo saco del terrorismo a quienes empuñan las armas y a quienes aspiran a la independencia, es extraña al estado de derecho. La identidad colectiva dificulta el verdadero sentido de la persona y de sus derechos, que prohíbe que paguen justos por pecadores, que obliga a individualizar al culpable y, una vez individualizado, tutela sus derechos (al juicio imparcial y justo, a la pena proporcionada, etc.).

El conflicto de Chechenia muestra bien a las claras esta ausencia del sentido de la persona. Las pérdidas humanas no son significativas si favorecen a la colectividad. Y esto se refiere tanto a las bajas de los propios soldados como a las bajas de la población civil bombardeada en el curso de la operación antiterrorista. Y no digamos ya lo que se refiere a los terroristas. En una pequeña encuesta del semanario *Vlast* de finales de noviembre, a la pregunta: ¿Siente lástima por los chechenos?, prácticamente todas las respuestas hacían una genérica distinción entre población civil y terroristas, y, de estos últimos afirmaban que debían ser eliminados, destruidos y liquidados. La respuesta de Oleg Mironov, delegado para los Derechos humanos en Rusia, no tiene desperdicio: ¿Qué otra cosa puede sentirse hacia gente que sufre a causa de bandas terroristas? Para defenderlos hay que destruir a los bandidos. Con ellos no hay nada de que hablar, hay que aplastarlos; así lo ha decidido la comunidad amante de la paz. La genérica distinción entre población civil y terrorista, en muchas de las respuestas, indica implícitamente que los terroristas son legión. Se usa el adjetivo indiscriminadamente, y se justifica una represión indiscriminada, que, por desgracia, pero de manera inevitable, acarrea grandes sufrimientos al resto de la población. De hecho, desde el primer momento, los mandos militares afirmaron que el objetivo de la operación militar era liquidar a los terroristas. No individualarlos, detenerlos, juzgarlos y castigarlos. Nada de esto. Simplemente liquidarlos. Una propuesta original, que data de antes de la guerra, pero que responde al mismo espíritu, es la que propone A. Solzhenistin, un eslavófilo aislacionista, metido a oráculo de los problemas y soluciones rusos, por fortuna con escasa audiencia (2). Según él, se debe conceder la independencia a Chechenia, rodearla con un fuerte cordón militar que impida a sus habitantes, dedicados de siem-

(2) Solzhenistin mezcla dosis de sentido común (la necesidad de que Rusia se dedique a resolver sus asuntos internos y aleje de sí los sueños de gran potencia, empañada en poner orden fuera de sus fronteras, causa secular de muchos de sus problemas), con una fuerte fobia antioccidentalista, que le lleva a proponer el restablecimiento de antiguas estructuras sociales rusas, absolutamente obsoletas.

pre al pillaje, salir de sus fronteras, y expulsar de Rusia a los chechenos que viven en ella entregados al tráfico criminal (3).

La primera y la segunda guerra chechena

LOS medios de comunicación rusos y occidentales, así como los órganos del poder, insisten en las diferencias entre aquella primera guerra del 94 y la de ahora. La gran diferencia está en que esta guerra es más popular, y que el ejército ruso está actuando ahora con más cautela y paciencia, para asegurarse la victoria con menos pérdidas humanas. Pero, esto último ¿es tan claro? El mismo semanario *Itogi* describe las cosas muy de otra manera. Según él, la operación es un calco de la del 94. Hasta llegar a Grozni, el avance ruso se produjo en términos muy similares a los actuales. Los territorios liberados están sometidos a un férreo control militar y al toque de queda, que hace prácticamente imposible el desarrollo de las actividades agrícolas y ganaderas de los habitantes que recibieron al ejército con los brazos abiertos. La resistencia en Grozni se promete tan feroz como la vez anterior. Y cuando sea conquistada, los guerrilleros musulmanes se refugiarán en las montañas y resistirán, posiblemente durante años, creando en la zona un foco de permanente inestabilidad, con probables secuelas de terrorismo en el resto del territorio ruso.

En Rusia sólo se puede creer

CHECHENIA es un termómetro de lo nuevo y lo viejo en Rusia. Lo viejo ya lo hemos visto. ¿Y lo nuevo? A pesar de todo, muchas cosas han cambiado (4).

El hecho de que los aires occidentales hayan irrumpido aquí mostrando su peor cara (el capitalismo rampante y sin escrúpulos de los nuevos rusos y todas sus secuelas negativas) no quita el hecho de que Rusia ha gustado la libertad y se encuentra en la senda de la democracia. El hecho de que ésta, aparte de su dimensión formal, no haya prendido en la sociedad rusa puede tener algún elemento positivo. Puede ser que en un proceso de tiempo más o menos largo consiga adaptar los valores de la democracia (sentido de la persona, de los derechos humanos, de la corresponsabilidad desde la socie-

(3) Cf. C. Vidal Manzanares, *La ocasión perdida*, Península, Barcelona, 1997.

(4) Cfr. *El colapso de Rusia*, p. 121.

dad civil) esquivando sus lados menos buenos (el individualismo, el confort casi como única meta, la pérdida de la trascendencia y del sentido de la vida). El potencial cultural y espiritual ruso es, pese a todo, enorme. Basta asomarse a su literatura, a su música, a la incipiente filosofía, truncada por la revolución de octubre. Entre la (verdadera) revolución de febrero y el golpe de estado de octubre, Rusia vivió unos meses en que fue el país más libre del mundo, y en que empezaron a dibujarse las líneas de una democracia, que hubiera sido socialmente la más avanzada del mundo. Es preciso creer que ese potencial está todavía vivo. Si Chechenia se ha convertido en un signo de lo nuevo y lo viejo en Rusia, hace falta un escriba sabio que sepa sacar y discernir eso nuevo y eso viejo: lo viejo que debe ser conservado, y lo que debe ser cribado; lo nuevo que potencie y sepa conservar lo mejor del alma rusa. ¿Existirá ese escriba sabio? En estos años he encontrado mucha gente de enorme sabiduría vital. Gentes que, en tiempos del comunismo, supieron no sólo resistir, sino crear en torno a sí verdaderos espacios de libertad. Por ello, en medio de mis perplejidades, quiero creer que existe. O mejor que existen. En medio de las unanimidades de que se habla continuamente, aquí, en las conversaciones privadas, se oyen muchas voces críticas, muchos análisis lúcidos. Son rusos, con frecuencia ortodoxos, que conectan con ese alma rusa de siempre y no se conforman con la resignación.

Para que ese potencial riquísimo se desarrolle y fructifique, es preciso que Rusia, lo mejor de ella, reciba crédito. La actual guerra de Chechenia está poniendo en peligro los créditos del Banco Mundial y el FMI. Pero, por lo que se dice y se escribe de Rusia, el otro crédito, el más importante, hace tiempo que lo ha perdido. Todas las crónicas occidentales sobre el país van acompañadas de un deje de desconfianza y escepticismo. Ese deje, sin embargo, revela también nuestra incapacidad para comprender. Nos empeñamos en que Rusia sea, simplemente, como nosotros. Y eso no es posible, ni deseable. Rusia tiene que ser ella misma, dando lo mejor de sí misma. Pero para eso necesita crédito: económico, y del otro, político, social y humano. Como escribió el gran poeta ruso Tiutchev: «Con la razón no se entiende Rusia. / No se la puede medir por el mismo rasero. / Su porte es especial. / En Rusia sólo se puede creer».

Pero sólo se puede creer en aquello que se ama. Y yo, lo confieso, soy creyente.